

THOMAS DE QUINCEY

Thomas De Quincey devino un visionario en 1791, a los seis años de edad. William, su hermano mayor, buscaba el modo de caminar por el techo con la cabeza hacia abajo como las moscas; Richard, llamado Pink, se embarcó en un ballenero y fue apresado por los piratas; y los demás eran unos melancólicos. Thomas hojea sonoramente la páginas de *La lámpara de Aladino*. Cada mañana la señora De Quincey pasaba revista a sus hijos, los perfumaba con lavanda o agua de rosas y, con una gélida elegancia, los eximía de su presencia hasta el

almuerzo. Sueños de «aterradora *grandeur*» visitaban la *nursery*, la *delectatio morosa* la había atrapado, dejando en los niños la extraña mirada maligna, lúcida y secreta, de quien está jugando con un espectro. De quien está *touched with pensiveness*, que Baudelaire tradujo como *marqué par la rêverie fatale*. La hermana Jane vivió tres años. A su muerte, Thomas pensó que regresaría igual que el azafrán. En las casas de los pastores los niños saben qué es la muerte: miran, por así decirlo, desde la ventana sus propios huesos en los parterres frugales. Thomas completó un herbario y, con distraída compunción, dejó de atender a Jane. Observando en el jardín invernal reminiscencias de vegetación sobresalir de la nieve, conver-

saciones lentas de raíces friábiles, deploró «aquella cosa desagradable que es la degeneración del invierno hacia la primavera». Dirigió una petición al cielo; deseaba más nieve, más hielo, escarcha o mal tiempo de la primera semana de noviembre a finales de enero. Enfermó la hermana Elizabeth, alrededor de cuya cabeza Thomas imaginaba «una tiara de luz o una centelleante *aureola*», como señal de su «prematura grandiosidad intelectual». Fue llamado el doctor Percival, amigo de Condorcet y de d'Alembert, y Mr. Charles White, que había publicado un estudio de craneología basado en las mediciones de cabezas escogidas entre los representantes de todas las especies. El diagnóstico de la muerte fue: *Hydrocephalus*. Thomas

sugirió una teoría distinta: no es que la enfermedad hubiera causado el «prematuro desarrollo del intelecto», sino por el contrario el crecimiento del intelecto; procediendo espontáneamente, habría superado la capacidad de la estructura física que encierra el cerebro, provocando así la enfermedad. En el niño entró la vejez. Ahora Thomas se despide de la infancia como un califa de sus rosales; el pequeño dandi doliente se acerca furtivamente a Elizabeth. Miró los párpados de cristal, contempló la Biblia, los minúsculos objetos de la habitación pálida, oyó una crepitación vacua y desolada; todo era ya remoto. La luz burlesca y cómplice asentía, ofreciendo un réquiem entre las manos rígidas. El niño se puso a escribir: dictaba sus memorias

a la quietud sin brisa, a las cenizas, a la condición susurrante del destino, al lúgubre punto de exclamación, a las visiones, a la apatía. Deseó ser longevo. Cogió los guantes, el sombrero y un pañuelo blanco y se encaminó en carroza al oficio litúrgico, citando la expresión «sweet and solemn farewell».

El padre, dueño de la empresa Quincey and Duck Linen Drapers, de Manchester, vivía entre las montañas de Portugal, en Lisboa, y las Indias occidentales, en St. Kitts, para mitigar el deterioro de sus pulmones. Regresó a casa y durante semanas languideció en un sofá. Se barajaron las palabras «sentencia», «herencias» y «tutores». Thomas tuvo cuatro: un banquero, un comerciante, un magistrado y el reverendo Samuel